LOS HOMBRES de la historia

45

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Centro Editor de
América Latina

Confucio

Lionello Lanciotti

LOS HOMBRES de la historia

45

Si bien, en sentido estricto, Confucio no fue un literato, ni creó un sistema filosófico original, como tampoco llegó a realizar una verdadera reforma política, tanto la literatura, la filosofía moral y la política de la China moderna fueron condicionadas por su nombre.

Nacido en Tsou (China nororiental) en el año 551, su figura comienza a perfilarse en un clima de agitación política y social que caracteriza el período en que se inicia la destrucción del sistema feudal instaurado por los Chou. Los problemas que surgen de esta situación inducirán a Confucio a tratar de resolverlos asumiendo personalmente posiciones de gobierno desde el que se preocupó por insuflar un concepto ético ya indisolublemente ligado a la práctica política.

Su solución al problema político está planteada en términos muy simples; no fue un innovador sino que se presentó como el restaurador de un antiguo sistema de sociedad o, al menos, de un sistema que se convirtió en hipótesis en la más remota antigüedad. Sin quitar méritos a su fama, puede afirmarse que no creó un sistema filosófico original sino que extrajo su inspiración de predecesores anónimos, insertando su prédica en el filón central de la tradición china; fue esencialmente un educador que instituyó por primera vez en China una escuela de la que saldrían los dirigentes de la futura sociedad, aquellos que dieron una interpretación precisa a los libros clásicos y que después fueron llamados confucianos.

En toda la historia del pensamiento y de la cultura china, la figura que quizás brilla menos por su genialidad es la de Confucio.

Sin innovar o renovar un estado de cosas existente, representó aquella dorada mediocridad que ha caracterizado siempre el buen sentido del hombre común de todos los tiempos y de todas las latitudes; pero justamente, la aparente debilidad doctrinal y la extraordinaria simplicidad de pensamiento, opuesta a todas las escuelas filosóficas existentes, constituyeron la verdadera fuerza del confucianismo, tanto ayer como en tiempos bastante recientes. Con la instauración en 1949 de la República Popular China, pareció en un primer momento que el nombre de Confucio sería señalado como el responsable de una época y una mentalidad feudal.

Pero, por el contrario, en el campo marxista se intenta una gradual y sorprendente justificación de él, sobre la base de la necesidad de la separación de su figura de lo que fue la interpretación posterior de su doctrina. Tal vez ello pueda explicarse porque Confucio fue realmente el protagonista de 25 siglos de historia política y cultural china y caracterizó siempre, mejor que cualquier otro, la vida de su país. Murió en el 479 a.C.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

45. Confucio - La civilización de los orígenes
Este es el sexto fascículo del tomo La civilización de los orígenes.
La lámina de la tapa pertenece a la sección La civilización de los orígenes, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 45:

Bibliothèque Nationale, Paris: p. 144 (1); p. 147 (2); p. 149 (2); p. 150 (1,2); p. 152 (1); p. 156-157 (1,2,3); p. 158 (1); p. 160 (1); p. 161 (2); p. 162-163 (1,2,3); p. 166 (1); p. 168 (1).

Museo Nazionale d'Arte Orientale, Roma: p. 146 (1); p. 159 (2).

Traducción de Cristina Iglesia

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223 Buenos Aires, en abril de 1969

Confucio

Lionello Lanciotti

551 a.C.

Confucio nace en Tsou, en el estado feudal de Lu (actual provincia del Shantung) de una familia que se pretendía descendiente de la casa de los Shang, la segunda dinastía de la China antigua.

530 a.C.

Confucio abre la primera escuela para jóvenes alumnos deseosos de estudiar los antiguos textos y de prepararse en una teoría de gobierno.

517 a.C. (?)

Viaje a Lo-yang, capital de los Chou e hipotético encuentro con el legendario jefe de la escuela taoísta Lao-tzu (corrientemente, Lao-tse).

501 a.C.

Confucio es nombrado gobernador de Chung-tu, por el feudatario de Lu, Ting.

500 a.C.

Confucio es nombrado por el mismo feudatario, ministro de Trabajos Públicos del Estado de Lu, y después, ministro de Justicia.

499 a.C.

Conferencia por la paz de los dos estados de Lu y de Ch'i y éxito diplomático de Confucio.

496 a.C.

Confucio abandona Lu e inicia un exilio volutario a través de varios estados de la China feudal.

483 a.C.

Regreso de Confucio al Estado de Lu, a invitación del feudatario local.

479 a.C.

Muerte de Confucio.

213 a.C.

Incendio de todos los clásicos confucianos, por orden de Shih Huang-ti, el Primer Augusto Emperador de la dinastía Ch'in.

58 d.C.

El emperador Ming, de la dinastía Han, decreta la erección de capillas dedicadas a Confucio en todas las escuelas de la China.

640 d.C.

Confucio recibe el título de "Santo Padre" que propaga (la doctrina) por un decreto del emperador T'ai-tsung, de los T'ang.

666 d.C.

Confucio recibe el título de Gran Maestro por decreto del emperador Kao-tsung de la misma dinastía.

739 d.C.

Confucio recibe el título de "Soberano que difunde la literatura" por decreto del emperador Hsüan-tsung de los T'ang.

1530 d.C.

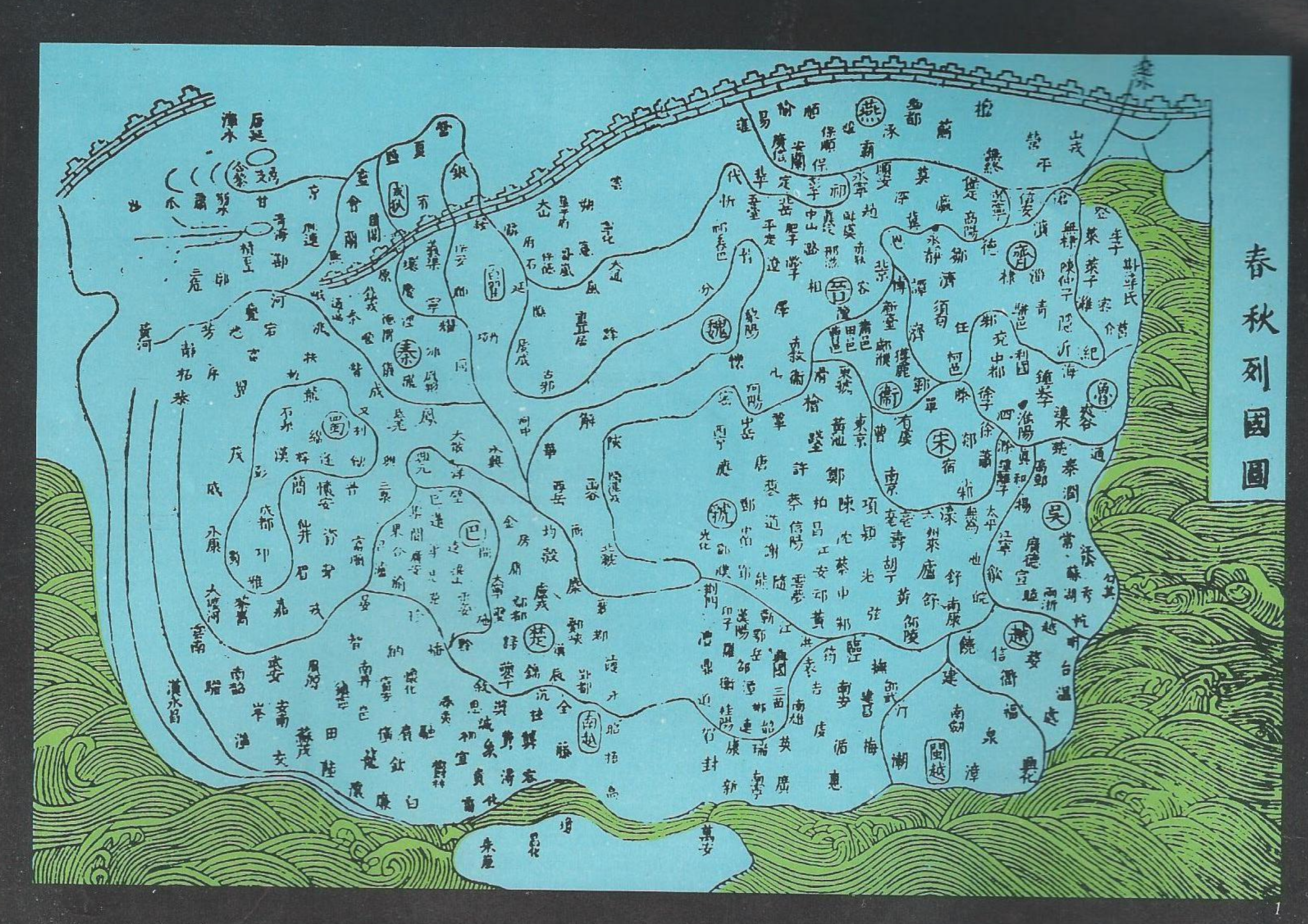
Confucio recibe el título de "Santísimo antiguo Maestro K'ung" por decreto del emperador Shih-tsung de la dinastía Ming.

1914

25 de setiembre. Un decreto del gobierno republicano chino establece las normas para el culto civil de Confucio.

1939

7 de diciembre. Una instrucción de la Sagrada Congregación de Propaganda de la Fe permite a los católicos chinos participar en los honores brindados a Confucio en las escuelas y en los monumentos confucianos.



1

1. Mapa de la China del período "Primavera y Otoño".

25 siglos en torno al nombre de Confucio

El primer nombre de la literatura china: Confucio. El primer nombre de la historia del pensamiento chino: Confucio. El primer nombre de reformador político en la China antigua: Confucio. Y sin embargo, en sentido estricto, Confucio no fue un literato, no creó un sistema filosófico original, ni llegó a realizar una verdadera reforma política. A pesar de esto, la literatura, la filosofía moral y la política de la China moderna fueron condicionadas por su nombre.

A diferencia de Lao-tzu el mítico jefe de la escuela taoísta, Confucio fue un personaje cuya existencia está históricamente probada, pero cuyo nombre y prédica, con el transcurso del tiempo, fueron mitificándose, hasta convertirse en la piedra angular de la que se desprendía la vía del pensamiento, de la política y de las letras. Se convirtió así, y no sólo para los seguidores de su escuela, en el Maestro (*tzu*) por excelencia, el prototipo del sabio chino; las frases que se le atribuían, que comenzaban todas con la conocida fórmula *tzu-yüech*, tenían el mismo valor vinculante del aristotélico *ipse dixit*.

La *forma mentis* confuciana impregnó veinticinco siglos de historia política y cultural china, hasta que, al comienzo del siglo XX, la mayor parte de los intelectuales estuvo de acuerdo en considerarlo responsable del retraso en el que se debatía China; Confucio se convirtió en el acusado principal, pero, casi paradojalmente, salió indemne de tantos procesos hasta el punto que encontramos posiciones y esquemas similares a los bosquejados por él en muchos aspectos de la cultura y de la vida política china contemporánea.

Tampoco su filosofía se limitó a los confines territoriales de la China propiamente dicha, llegando a influir gran parte del extremo oriental de Asia. Sin embargo, a diferencia de otras corrientes orientales del pensamiento, el confucianismo tuvo un área de desarrollo bien delimitada y no afectó sino marginalmente a la cultura o al pensamiento occidental.

Una reseña biográfica de Confucio no puede limitarse a los pocos datos biográficos que tenemos de él y que se han ido enriqueciendo en las hagiografías de sus discípulos, sino que deberá comprender también lo que ha constituido en su época o en los siglos siguientes, la deformación, por parte de sus discípulos o de sus opositores, de su figura, y la difusión de su pensamiento fuera de los límites del Estado chino.

La vida

La primer biografía bastante particularizada de Confucio fue redactada en el siglo II a.C. por el gran historiador de la dinastía Han, Ssu-ma Ch'ien (145-86 a.C.) en una de las biografías de su grandiosa obra, el *Shih-chi* ("Memorias de un historiador"). Es una larga biografía, comprendida en el capítulo 47, escrita en un estilo vigoroso y más apasionante que el de las otras partes de la obra. Ssu-ma Ch'ien utiliza todas las fuentes precedentes, desde aquéllas bastante atendibles y cercanas a la predicación de Confucio (como, por ejemplo, los *Lun-yü* o "Diálogos") hasta las de otra escuela (como la obra de Chuang-tzu) que inventan artificiosamente episodios biográficos con el fin de sostener determinadas tesis filosóficas. Por lo tanto, la vida de Confucio, tal como está narrada por Ssu-ma Ch'ien no puede ser tomada como un documento íntegramente verídico, pero nos revela elementos seguros y algunos otros que se han revelado como apócrifos a la luz de una atenta crítica sinológica.

Confucio nace en 551 en Tsou, pequeño estado feudal de Lu, en el sudeste de la actual provincia de Shantung (China nororiental) de una familia que las sucesivas biografías del filósofo hicieron descender de la familia real de Shang, que había constituido la segunda dinastía china. El padre septuagenario había sido gobernador de Tsou y se había distinguido en empresas militares. Confucio pertenecía a la familia K'ung y le fue dado el nombre personal de Ch'iu; el apodo con el que se lo conocía era Chung-ni; de la expresión china *K'ung-fu-tzu*, que literalmente significa "el Maestro K'ung", los primeros misioneros jesuitas derivaron la forma latinizante *Confutius* y *Confucius*, de la que deriva nuestro Confucio.

Después de la caída de la segunda dinastía Shang o Shang-Yin, en el siglo XI a.C., la dinastía Chou había obtenido el dominio de toda la China, y había regido al país —con distinta fortuna y cada vez más nominalmente— desde el siglo III a.C., es decir, cuando Shih Huang-ti, de los Ch'in, llegó a fundar el primer imperio chino. El sistema político de los Chou se basaba en el feudalismo, no muy distinto, en muchos aspectos, del sistema conocido en el occidente medieval. Los señores feudales comenzaron a agitarse y a negarse a obedecer al poder central, que se volvió cada vez más débil y nominal. Se inicia así un período de progresiva destrucción del sistema, un período de crisis política y espiritual.

En este clima de agitación política y social, aparece en escena la figura de Confucio. Dos clases sociales caracterizan a la China de este período: en lo alto, los señores feudales, minoría que detenta el poder político; en lo bajo, las masas campesinas que, luchando contra una naturaleza realmente hostil trabajan las tierras para sus señores y son sometidas a pesadas corveas y proporcionan la masa de maniobra en las guerras cada vez más frecuentes entre una región y otra de la China de la tercera dinastía.

Inestabilidad política, desorden social, empobrecimiento a causa de las guerras y los frecuentes desastres naturales; todo esto vuelve cada vez más precaria la vida de los chinos. Además, comienza a aparecer la clase de los *shih*, pequeños feudatarios o segundones que, al no tener posiciones políticas o económicas que defender, pueden dedicarse solamente al ejercicio de las armas o al estudio.

Antes del nacimiento de Confucio no existe una literatura china propiamente dicha; existen sólo documentos epigráficos y se han conservado raras composiciones de carácter religioso o poético. Es una edad demasiado dura como para permitir el surgimiento de una literatura autónoma. Circulaban cantos y poesías anónimas, de inspiración popular o reelaboradas por poetas áulicos, a menudo ciegos como los aedos griegos, pero será necesario esperar hasta el nacimiento de Confucio para dar un valor particular a las letras; y este valor será exclusivamente didáctico ya que para Confucio, las obras en prosa o en verso, las historias o los textos filosóficos podrán tener valor solamente si sirven para elevar al individuo, para educar. Esta concepción viciará gran parte de la historia literaria china subsiguiente; pasarán siete u ocho siglos después de la muerte de Confucio para que sea posible llegar a la afirmación de que las letras pueden ser autónomas y no estar, necesariamente, al servicio de un sistema filosófico o social.

Pocas noticias se tienen de la juventud de Confucio. A los tres años perdió al padre y los primeros años de su adolescencia debieron transcurrir en condiciones más bien humildes, ejercitándose también en trabajos manuales. De algunas palabras suyas, tomadas de los *Diálogos* (*Lun-yü*, II, 4) sabemos que a los quince años comenzó a estudiar, que a los treinta su formación estaba casi cumplida y que a los cuarenta ya no tenía dudas. Es difícil establecer cuál pudo haber sido su formación escolar, en parte porque la tradición veía justamente en Confucio al fundador de la primera escuela. Ésta fue abierta en el 530 a.C. y sus alumnos pagaban las lecciones en especies, llevando a menudo como retribución, fetas de carne seca (*Lun-yü*, VII, 7); no era todavía una escuela con pretensiones filosóficas sino un verdadero seminario en el que los jóvenes nobles del país de Lu podían ejercitarse en la lectura y en la interpretación de algunos textos antiguos.

Siendo Confucio todavía joven, habría ocurrido el encuentro con el viejo Lao-tzu. Las fuentes confucianas ignoran este episodio, que mostraba al legendario primer exponente del taoísmo con el futuro jefe de la escuela confuciana; las fuentes taoístas, por el contrario, insisten en este en-



1

1. *Hou-chi, antepasado de los Chou.* De Portraits d'hommes célèbres; *siglo XIX.* (Biblioteca Nacional, París).

2. *El país natal de Confucio.*

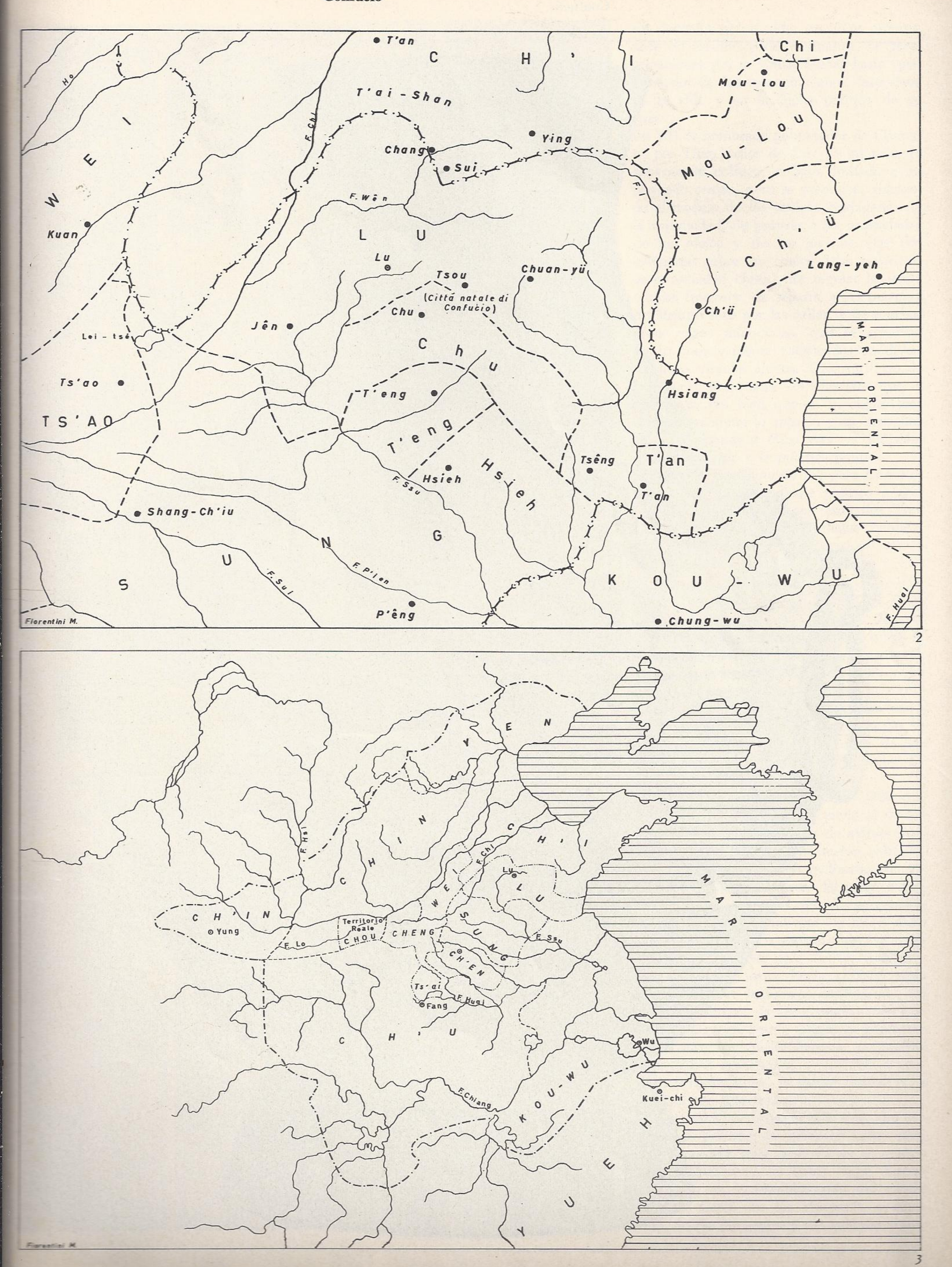
3. *La China feudal en la época de Confucio.*

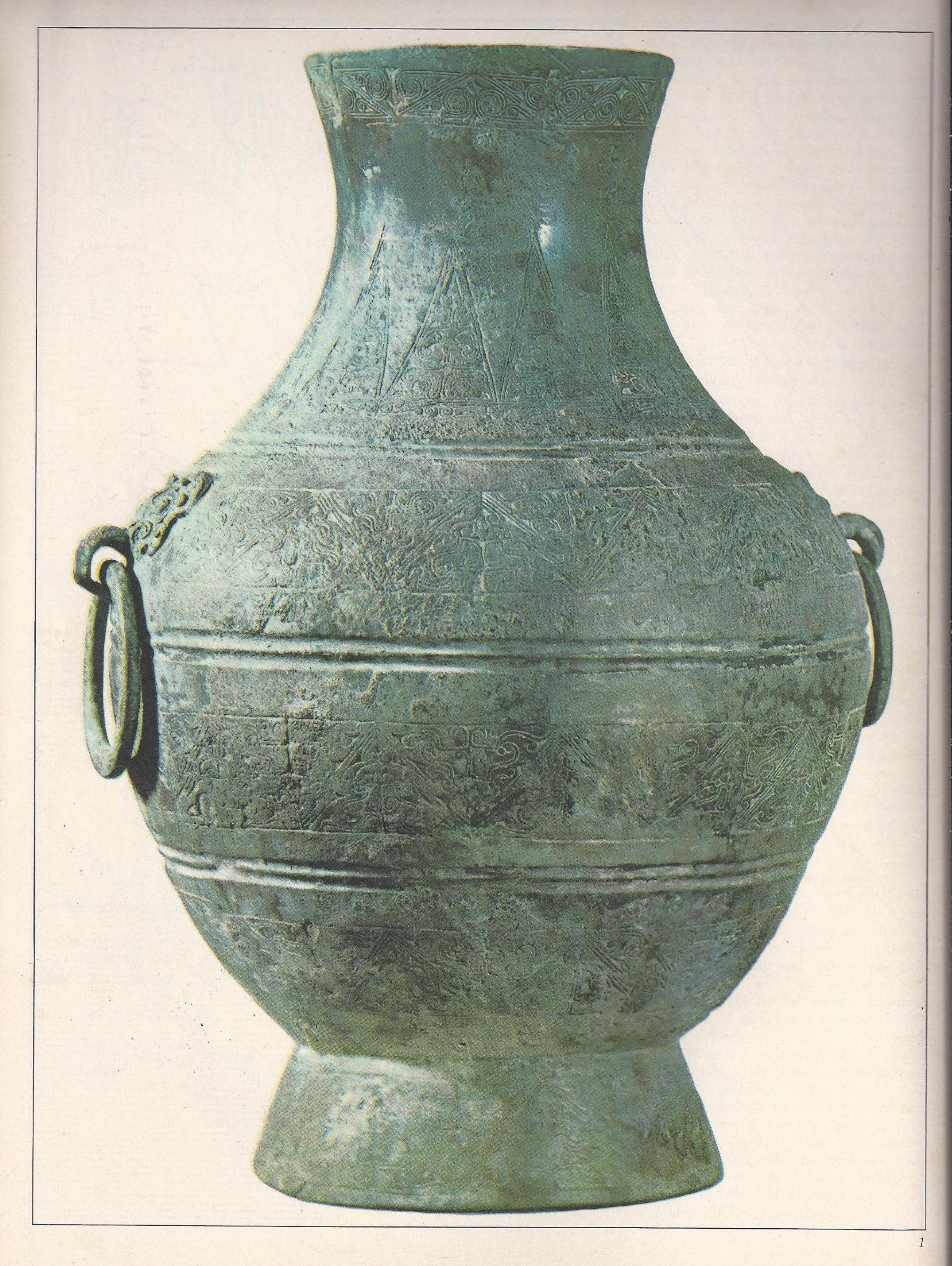
cuentro, con infinitas variaciones, pero en todas ellas, Lao-tzu resulta triunfador y Confucio derrotado.

En realidad, se trata de una argumentación solamente válida para la propaganda filosófica-religiosa de los taoístas; Chuang-tzu, en su obra, la narra cinco veces y el episodio, en época de los Han (III siglo a.C.-siglo III después de Cristo) se lo representa artísticamente sobre las piedras funerarias y se lo acepta universalmente como una verdad histórica. Hoy sabemos que Lao-tzu es un personaje completamente legendario y que, aun queriendo sostener a toda costa su historicidad es igualmente difícil hacer conciliar en su vida el encuentro con Confucio, pero, en la época de los Han, hasta un historiador que busca atentamente la verdad como Ssu-ma Ch'ien cree en la tradición y anota meticulosamente el coloquio entre los dos jefes.

Parece cierto que, en su período de formación, Confucio fue a Lo-yang (Lo-i), entonces capital de Chou (ca. 517 a.C.), para volver luego a Lu. A causa de algunas revueltas políticas en ese estado, tomó por primera vez el camino del exilio hacia el estado más septentrional de Ch'i. La tradición asegura que mientras Confucio estaba en camino hacia allí, en los alrededores de T'ai-shan, la montaña sagrada de los chinos, que estaba casi en el límite entre los estados de Lu y C'hi, se encontró con una mujer que lloraba por la muerte de su suegro, de su marido y de su hijo, devorados todos por una tigresa feroz; al preguntarle por qué no cambiaba su morada a algún otro lugar más seguro, la mujer respondió a Confucio que en aquel lugar el gobierno no oprimía al pueblo. Confucio podría luego decir a sus discípulos: "Un mal gobierno infunde más temores que una tigresa".

En la base de las enseñanzas de Confucio y también de la mayoría de los filósofos chinos, estará siempre el problema político. Éste es o más importante o bien sustituye directamente al problema religioso. La China feudal de los Chou es un país en disolución: se trata de una verdadera crisis del sistema y todos los filósofos (*tzu*) tratarán de proporcionar algún remedio. La historia de la filosofía china antigua podría ser llamada historia del pensamiento político chino. No hay lugar para otros problemas. Las grandes religiones se formarán sucesivamente en China o vendrán de países extranjeros, en momentos de menor crisis política y espiritual. En la época de Confucio, y aún durante algunos siglos después, el problema político, ligado a veces con el ético y a veces con el económico, apasionará los ánimos de los principales pensadores. Confucio, cuya vida durante algunos decenios transcurre enseñando, comprenderá pronto el problema político y tratará de resolverlo asumiendo personalmente posiciones de gobierno. Los prime-


T'an
C H ' I
Chi
Mou-lou
T'ai-Shan
Ying
Chang
Sui
Mou-Lou
W E I
F. Wên
L U
Kuan
Ch'ü
Lu
Tsou
(Città natale di Confucio)
Chuan-yü
Lang-yeh
Chu
Jên
Ch'ü
Lei-tsé
C h u
Ts'ao
T'eng
Hsiang
MAR ORIENTAL
TS'AO
T'eng
Hsieh
Tsêng
T'an
T'an
Hsieh
F. Ssu
Shang-Ch'iu
N G
S U
F. P'ien
F. Sui
K O U - W U
P'êng
Chung-wu
F. Huai
Florentini M.
2
Y E N
C H I N
C H ' I
F. Hsi
F. Chi
W E I
Lu
L U
C H ' I N
Yung
Territorio Reale
C H O U
C H E N G
S U N G
F. Lo
F. Ssu
C H ' E N
Ts'ai
F. Huai
Fang
C H ' U
Wu
MAR ORIENTAL
F. Chiang
K O U - W U
Kuei-chi
Y U E H
Florentini M.





ros decenios de su vida, son años oscuros, años de estudio y de enseñanza, de peregrinaciones por la China feudal hasta que, alrededor de los cincuenta años, interviene en la vida y en la lucha política de su país.

En 501 es nombrado gobernador de Chung-tu por Ting, Señor de Lu. Es su primera experiencia política, si bien limitada a un pequeño centro, pero se preocupa, siguiendo el modelo de los míticos ciudadanos de la antigüedad, de proveer a las necesidades de los viejos y de los jóvenes (las dos categorías sobre las cuales debe polarizarse la sociedad china), de regular las ceremonias fúnebres, de separar a las personas de distinto sexo por las calles, y de muchas otras reglas minuciosas, que se reencontrarán sucesivamente codificadas en diversos libros rituales chinos. Dice un texto de la escuela confuciana —el *Chia-yü*— que él gobernaba tan bien que si un objeto caía a tierra, ninguno lo recogía para apropiárselo. El concepto ético está ya indisolublemente ligado a la práctica política.

El gobierno de Chung-tu fue para Confucio una suerte de aprendizaje político y después de un año de óptimos resultados, Ting lo nombró ministro de Trabajos Públicos del estado de Lu y poco después, ministro de Justicia.

En 499 a.C., en ocasión de la conferencia de paz entre dos estados, Lu y Ch'i, Confucio obtuvo gran éxito. Después de esta fecha adquirió mayor autoridad sobre el señor de Lu, llegando a hacer separar a su estado de una conferencia política de los estados septentrionales. Bajo su dirección y sus consejos, parecía que las cosas andaban bastante bien en el país de Lu, lo que no dejó de suscitar los celos de los estados rivales, en particular del señor de Ch'i.

Una anécdota, ya citada en los *Diálogos*, indica que el señor de Ch'i envió al de Lu ochenta y cuatro bailarinas de extraordinaria belleza, junto a ciento nueve caballos. "Durante tres días no se realizaron reuniones del Consejo de Corte. El sabio K'ung partió" (*Lun-yü*, XVIII, 4). La aceptación de este regalo, ofrecido por un señor rival, fue el pretexto de la dimisión de Confucio y la anécdota sirvió para dar una interpretación moralista de un hecho político como era habitual en la escuela confuciana. En realidad, intrigas de corte mucho más graves debieron obligar a Confucio a presentar su dimisión; probablemente su política reformadora comenzaba a fastidiar a muchos personajes de la corte feudal y a lesionar sus intereses.

Esto sucedía en torno a 496 a.C. La experiencia práctica de gobierno había sido, para Confucio, muy limitada en el tiempo y, probablemente no debía dejar rastros duraderos en la administración del estado de Lu. Cerca de los cincuenta y cinco años, dejaba por segunda vez voluntariamen-

En las páginas precedentes:

1. Vaso con adornos grabados. Bronce. Período tardío de Chou (850-249 a.C.), Roma, Museo Nacional de Arte Oriental.

2. Confucio en Yen-tzu. (Biblioteca Nacional, París).

1. El emperador Yü vigila los trabajos de saneamiento. (Biblioteca Nacional, París).

te su país natal para emprender una peregrinación —esta vez mucho más larga— que duraría doce años aproximadamente. El primer estado donde se detuvo fue el de Wei; luego visitó brevemente Ch'en, luego Wei nuevamente, Ch'en, Sung. Algunos viajes fueron breves, otras veces permaneció durante algunos años en un mismo estado. Los diversos señores lo acogieron con muchos honores, pero rehusaron siempre seguir sus consejos.
El Señor Ling de Wei llegó a pagar a Confucio la misma cantidad de dinero que él había recibido cuando había sido ministro de Lu. Los encuentros con los señores se multiplicaban, se le planteaban problemas sobre cuestiones particulares, pero Confucio era demasiado diferente de los hombres de gobierno que discutían con él. Confucio hablaba remitiéndose a una mítica edad de oro desaparecida en un tiempo inmemorial, en nombre de una moral demasiado diversa a la corriente; esto no significaba que su filosofía política fuese demasiado elevada y utopista sino que contrastaba profundamente con la mentalidad mezquina de los políticos contemporáneos.
En 483 a.C., también gracias a la ayuda de un discípulo suyo que se había afianzado en el estado de Lu, regresaba, ya viejo, al país natal. El señor de Lu volvió a pedirle consejos pero sin confiarle ninguna responsabilidad política o gubernativa. Se cuenta que todos los meses Confucio encontraba en la corte al feudatario pero, si bien era acogido con honores y cortesía, ya no se le permitía reformar el Estado. Fue justamente en el último período de su vida cuando pudo dedicarse con mayor asiduidad a la enseñanza de sus teorías a sus discípulos y, probablemente, a la revisión de aquellos que estamos habituados a llamar los primeros textos literarios.

Según la tradición, Confucio habría hecho algunas selecciones de textos clásicos preexistentes, como en el caso del *Shuching* (o Libro clásico de los Documentos) o habría agregado algunas secciones a obras como el *I-ching* (o Libro clásico de los Cambios). Probablemente no se ocupó personalmente de este trabajo, que fue finalizado por sus discípulos más inmediatos, sino que fueron suyas la inspiración y las directivas para la elección de los textos y para su interpretación con sentir moralista. La tradición posterior le atribuye también la redacción de los *Chun-ch'iu* (o Anales del Estado de Lu) que comprendían una crónica del estado natal de Confucio, que llegaba, sin embargo, hasta mucho después de su muerte.
Los últimos años de su vida, además de representar para Confucio el definitivo convencimiento de que ningún feudatario aplicaría su doctrina, se caracterizan por la desaparición de personas cercanas a él. Murieron, todavía jóvenes, su discípulo predilecto, Yen Hui, su hijo, y su discípulo Tzu Lu. Parece casi una preparación gradual a la idea del traspaso a aquel mundo ultraterreno, del que Confucio no se había ocupado nunca excesivamente. Justamente tiempo atrás, respondiendo a una pregunta de Tzu Lu que le había interrogado sobre la muerte, contestó: "Aquellos que no conocen la vida, ¿cómo podrían conocer la muerte?" Y en efecto, durante toda su vida, Confucio había combatido contra lo irracional que había en las creencias religiosas de la China, sin ser ateo o arreligioso, pero preocupándose solamente por encontrar una solución a los problemas terrenales.
En la víspera de su desaparición, Confucio parece haber hecho un examen crítico de su obra. Las últimas palabras recogidas por un discípulo: "El Fénix no ha llegado; el Río no hace salir el dibujo; ya no hay más nada que hacer" (*Lun-yü* IX, 8) han sido interpretadas siempre como señal de un gran desconsuelo y casi como el reconocimiento de la inutilidad de su prédica.
Confucio, que había despojado de todo elemento sobrenatural o metafísico a la religión y a la filosofía de su tiempo, justo antes de morir, recurre a dos ejemplos típicos de la irracionalidad china preconfuciana. No se habían verificado, para indicar al mundo el momento de su muerte, dos de aquellas *maravillas* que señalaban un hecho memorable, como precisamente, la muerte de un gran hombre. El fénix, uno de los animales míticos, que había aparecido en tiempos del legendario emperador Shun, no se había mostrado, ni el Río Amarillo, como en la época del también legendario emperador Fu Hsi, había hecho llevar a tierra, por medio de un animal mitad dragón y mitad caballo (*lung-ma*), un dibujo simbólico.
Más que nada, Confucio moría convencido de no haber sido un hombre excepcional, de no haber tenido éxito en nada. Ello ocurría en el 479 a.C., cuando el Maestro de Lu tenía setenta y dos años.

La doctrina

El desconsuelo de Confucio, en el momento de la muerte, es auténtico; los últimos años ,empleados en largos viajes a través de la China feudal a la búsqueda de un feudatario que aceptara sus consejos, el regreso a Lu, donde será honrado pero no escuchado en la corte, deben de haber reforzado su convicción de hablar a personas que no podían entenderlo. Los años de Lu, son años de discursos cada vez más frecuentes a sus discípulos, de interpretación y edición crítica de textos literarios y filosóficos. Pero con la última frase pronunciada antes de morir no quiere, quizás, expresar su dolor de


隨山刊木圖
大禹

1. Shên-nung, inventor de la agricultura, de Portraits de chinois célèbres; *siglos XVII-XVIII.* (Biblioteca Nacional, París).

2. Tsang-chieh, inventor de la escritura de Portraits de chinois célèbres, *siglos* XVII - XVIII. *Biblioteca Nacional, París.)*



1



2

ser un hombre normal, como todos los otros, sino, por el contrario, remarcar justamente esto. A nuestro entender, sus discípulos interpretaron mal esta declaración última, porque estaban deslumbrados por la personalidad del maestro, que a ellos les parecía superior a la media. Pero si Confucio hubiese presumido tanto para sí, hubiese contradicho su propia predicación. Un error común es el de querer considerar a Confucio como el fundador de un sistema filosófico y, directamente, como el iniciador de un movimiento religioso. Si bien a partir de Confucio tomó impulso una filosofía que estamos habituados a llamar confucianismo, y pese a que, durante la dinastía Han esta filosofía pareció transformarse por poquísimo tiempo en religión, Confucio no se consideró jamás el iniciador de una nueva corriente filosófica o de una nueva religión.

Se podría afirmar paradojalmente que el confucianismo precedió al nacimiento del mismo Confucio y esta paradoja encontraría la aprobación del Maestro de Lu. La frase que, quizás más que ninguna otra, caracteriza su posición frente al mundo antiguo y lo contemporáneo es: "Yo transmito y no creo, amo y creo en lo antiguo" (*Lun-yü*, VII, 1).

Confucio se consideraba un *tzu*, término que a menudo es impropiamente traducido como filósofo y que sería mejor entender como maestro. El mismo término chino "filosofía" (*chê-hsüeh*) es un neologismo, adoptado por los chinos en época relativamente reciente y acuñado sobre la expresión griega; los muchos *tzu* o maestros se ocuparon más de ética y de política en perjuicio de los problemas metafísicos y ontológicos. Salvo el legendario Lao-tzu, cuyo nombre significa justamente Viejo Maestro, no tenemos pruebas de la existencia de otros *tzu* antes de Confucio; no ha perdurado ningún nombre. Pero si Confucio hablaba de transmitir una enseñanza, que él no consideraba creación original de su propio pensamiento, ¿a quién se remitía?

Él no conoció en persona a sus maestros ideales, aunque es probable que haya tenido efectivos maestros, más cercanos a él en el tiempo; estos maestros ideales fueron los míticos soberanos de la antigüedad, los fundadores de dinastías, aquellos a quienes la humanidad entera debía los principales descubrimientos e inventos. Confucio es un *laudator temporis acti*, un creyente en un hipotético buen tiempo, en una admirable edad de oro, perdida desde tiempos inmemoriales.

Los sabios soberanos de la antigüedad, dieron a los hombres, según la tradición, las reglas de la agricultura, de la sericultura, encausaron las aguas, descubrieron el fuego y la escritura; fueron en todo y por todo, buenos gobernantes. Los fundadores de cada nueva dinastía eran, en general, soberanos modelos, mientras que cada dinastía perdía su poderío por el mal gobierno de un tirano. Se va formando gradualmente una teoría que ha sido llamada del "regreso histórico", de la progresiva decadencia política y moral desde los albores de la civilización hasta la situación de caos social y de crisis espiritual en la época en la que vive Confucio. Esta teoría del regreso histórico fue aceptada sucesivamente también por otras escuelas religiosas, con excepción de la escuela legalista (*fa-chia*). Era la explicación lógico-política de las desventuras del presente, mediante la comparación con un pasado en el que todo andaba bien. Explicación común a todos los pueblos y a todas las épocas; recordemos solamente, para el mundo clásico, los campesinos de Lucrecio, que lloran en el *De rerum natura* la pérdida de la edad de oro de sus padres. Confucio acepta o desarrolla esta teoría mediante numerosas ejemplificaciones, loando a cada paso a los héroes de la antigüedad, exhortando a conocer sus empresas en los versos o en los textos escolares. La literatura y la historia son necesariamente para él y para su escuela, *magistrae vitae*. Confucio no fue un revolucionario o un rebelde enfrentado a la sociedad en la que vivió, como podían haberlo sido algunos maestros taoístas. Un Chuang-tzu, por ejemplo, rechazaba desdeñosamente los cargos públicos de las cortes feudales y todos los filósofos taoístas se apartaban de la vida política y social, ocupándose del individuo particular y nunca de la sociedad.

Confucio, por el contrario, siempre se interesó más por la sociedad que por el individuo. En esto quizás tuviera que ver su formación familiar. Había nacido en una familia noble pero decadente; parece también que, en su juventud administró las tierras de un pequeño feudatario. Podía, por lo tanto, representar bien a esa categoría social de la que carecía China: la clase de los administradores, ya sea de un latifundio como de un Estado. Los políticos de la época pensaban fundamentalmente en guerrear o en divertirse, no en administrar: eran principejos, ayudados por consejeros, quienes a menudo confundían la adulación con el servir y que en vez de mitigar los instintos del jefe de un estado feudal, preferían secundarlo.

Confucio plantea la solución al problema político en términos muy simples: se puede afirmar que sentó las bases de la ciencia política de su país, comprendiendo cuál era la causa principal del desorden político, social y espiritual de la época.

No fue innovador sino que se presentó como el restaurador de un antiguo sistema de sociedad, o, al menos de un sistema que se convirtió en hipótesis en la más remota antigüedad. Podemos afirmar, sin quitar méritos a su fama, que no creó un sistema filosófico original sino que extrajo su inspiración de predecesores anónimos, insertando su prédica en el filón central de la tradición china. Confucio fue esencialmente un educador, el que instituyó una escuela en China por primera vez, de la que saldrían los dirigentes de la futura sociedad, aquellos que dieron una interpretación precisa a los libros clásicos y que después fueron llamados confucianos.

En toda la historia del pensamiento y de la cultura china, la figura que quizás brilla menos por su genialidad es la de Confucio. Sin innovar o renovar un estado de cosas existente, representó aquella dorada mediocridad que ha caracterizado siempre el buen sentido del hombre común de todos los tiempos y de todas las latitudes; pero justamente la aparente debilidad doctrinal y la extraordinaria simplicidad de pensamiento, opuesta a todas las escuelas filosóficas existentes, constituyeron la verdadera fuerza del confucianismo, tanto ayer como en tiempos bastante recientes.

Confucio se preocupó esencialmente del individuo y de su posición en el Estado. En un período de confusión política, "primero es preciso enderezar los nombres" (*Lun-yü*, XIII, 3), es preciso que a cada nombre corresponda exactamente una serie de derechos y deberes. La receta-tipo para los males de la China está dictada por Confucio en términos muy claros: para gobernar bien, bastará en efecto, que, "el príncipe sea príncipe; el ministro, ministro; el padre, padre; el hijo, hijo" (*Lun-yü*, XII, 11). Para restablecer el orden en una sociedad desordenada y corrupta será necesaria una restauración de los valores, de acuerdo con una escala jerárquica bien establecida. La sociedad auspiciada por Confucio es una organización piramidal, en cuyo interior, las relaciones entre superiores e inferiores, entre hombre y hombre, deben ser reguladas minuciosamente, aun en las manifestaciones exteriores por el *li*, o bien por el rito, el ceremonial o la etiqueta.

Los chinos en general y en particular los confucianos, han sido ridiculizados más de una vez por esta su estricta observancia del ceremonial; pero en el intento originario de Confucio, la observancia de las formas exteriores debía conducir a un mejoramiento espiritual, a la formación de elementos idóneos para realizar el buen gobierno.

Como ya se ha dicho, Confucio coloca, por sobre todo, a la sociedad. El individuo nace, vive y obra en función de la sociedad. Pero ya que el individuo contemporáneo está moralmente decaído, se deduce que su ser amoral determina una sociedad desordenada. Por lo tanto, es preciso elevar al individuo al nivel moral de sus primeros predecesores para poder reformar toda la sociedad. Toda la doctrina de Confucio no es más que una guía para el restablecimiento de la mítica edad de oro sobre esta tierra.



1. Encuentro de Confucio con Lao-tzu.
(Biblioteca Nacional, París).

1

Según la enseñanza del Maestro de Lu, cada individuo debe practicar algunas virtudes, como por ejemplo la justicia (*i*), la benevolencia o altruísmo (*jên*), la piedad filial (*hsiao*), evitando en todo caso actuar buscando sólo el beneficio propio (*li*). La práctica de estas virtudes no se considera en el sentido estricto o literal sino en un sentido mucho más amplio.

El *hsiao o pietas erga parentes*, como hubieran dicho los romanos, no es sólo el sentimiento de amor filial, que comprende todos los deberes del hijo hacia sus padres sino que comprende también el respeto por todo cuanto pertenece al mundo de los padres. El culto de lo antiguo, la veneración de la tradición, el respeto por cuanto pudieron haber hecho los predecesores son otras tantas aplicaciones del *hsiao*. Ésta fue una de las características del pensamiento confuciano que pesó notablemente sobre todo el desarrollo de la cultura china. Si no surgió en la China, sino hasta la edad moderna, la idea del plagio en literatura o en arte, fue porque el concepto de copia no fue considerado nunca como algo que debía evitarse; llegar a pintar o a componer en el estilo de algún famoso artista o literato del pasado era por el contrario una obra meritoria, casi una de las manifestaciones del *hsiao*, entendido como respeto y veneración de la tradición cultural. Evidentemente esto cortó las alas a gran parte de la producción literaria y artística china porque sólo algunas grandes personalidades pudieron afirmarse en el ámbito de la tradición confuciana mientras otras se manifestaron inspiradas por otros filones más creadores, como el taoísmo y el budismo.

El ejercicio práctico de las virtudes no era suficiente para mejorar al individuo y sobre todo, su práctica cotidiana en una sociedad corrompida era tanto más difícil si no era socorrida por los ejemplos edificantes de los antiguos. Por lo tanto, era imprescindible poder abordar los textos antiguos para poder estudiar todo lo que había sido hecho en la edad de oro y había sido imitado y todo lo que ,en edades sucesivas, había sido igualmente cumplido y no había sido imitado.

Prosa histórica, poesía, filosofía

De esto nace la necesidad de recoger los textos antiguos, de coleccionarlos, de publicarlos en ediciones pasadas por la criba de una interpretación moralista. Textos escritos circulaban ya en épocas pre-confucianas; se cuenta que el mismo Confucio debió cambiar tres veces los lazos de cuero que servían para mantener unido un libro porque lo consultaba muy a menudo; otras obras, transmitidas oralmente, fueron fijadas en forma escrita precisamente en esa época.

Las primeras tres obras literarias de la China antigua, el *Shu-ching*, el *Shih-ching*, y el *I-ching*, considerados como prototipos de tres géneros literarios diversos, es decir, la prosa histórica, la poesía y la filosofía respectivamente, fueron atribuidas, como ya se ha dicho, a Confucio y a sus discípulos más inmediatos, si no como composición, al menos como revisión. Podemos estar de acuerdo con la tradición que indica que Confucio seleccionó de entre tres mil composiciones poéticas las trescientas que hoy componen el *Shih-ching* o Libro clásico de las Odas. Que tal selección haya sido hecha personalmente por Confucio o por cualquiera de sus discípulos puede ser sólo una curiosidad erudita que deberá apasionar al especialista; en este lugar será importante determinar cómo y de acuerdo a qué criterios se llevó a cabo esta selección. Las odas en cuestión, algunas de las cuales se hacían remontar hasta la segunda dinastía (Shang-Yin) o a los albores de la tercera (Chou), eran de diverso tipo; algunas eran cantos populares, reelaborados por poetas de corte y otras, himnos sagrados que describían ceremonias, fiestas o acontecimientos de un cierto relieve. Las poesías del primer tipo tenían a menudo claras alusiones eróticas; eran cantos campesinos surgidos anónimamente en ocasión de aquellas fiestas en las que la juventud agreste se permitía licencias inadmisibles durante el resto del año. En todas las épocas, los confucianos dieron sólo una interpretación moralista de estas composiciones poéticas; a toda costa se quiere ver la alegoría, la alusión erudita a un determinado acontecimiento histórico, donde en realidad no hay más que una alegre o libre descripción de sentimientos. Interpretar en sentido ético fue la tarea fundamental de todo buen literato confuciano (*ju*) y comenzó a florecer toda una literatura a menudo de discutible valor, de glosas y comentarios éticos hasta en textos en los que a menudo no eran necesarios.

El *Shu-ching* o Libro clásico de los Documentos era una antología de otro tipo. En él alternaban narraciones históricas con tratados políticos, histórico-geográficos, jurídicos, rituales; era, en su conjunto, un primer breviario útil a quien debía gobernar. Las distintas partes de que se compone tenían procedencias diversas: algunas derivaban de la escuela de los adivinos, otra de la de los escribas de corte; pero la selección y la edición fueron seguramente obra, si no de Confucio, de su escuela.

En particular se exponía en esta obra una interesante teoría de gobierno, la del *t'ien-ming* o mandato celeste. Según esta teoría, el *T'ien* o cielo, delega con un encargo (*ming*) a la dinastía reinante para que gobierne en su nombre en el mundo. El buen gobierno del soberano o Hijo del cielo (*t'ien-tzu*) y su recto comportamiento tanto en la vida pública como en la privada, determinarán el orden en el mundo natural y en la sociedad; si el rey actuara o gobernara mal, se verificarían desórdenes en el macrocosmos (terremotos, inundaciones, sequías, etc.). Hay, por lo tanto, una correspondencia entre el mundo físico y el mundo moral. El mandato celeste no es eterno; puede ser revocado si la dinastía gobierna mal y si el pueblo en sus plegarias se lamenta al Cielo. Se legitima así el cambio de dinastía, cuando ésta con su comportamiento merezca ser depuesta.

El tercer libro clásico, el *I-ching* o Libro de los Cambios, era un manual de adivinación, al que recurrían los adivinos de la corte de la dinastía Chou. Las prácticas proféticas en China tienen orígenes muy remotos, existiendo testimonios desde la edad neolítica y continuadas bajo la segunda dinastía (Shang-Yin). Interrogar a un oráculo antes de emprender cualquier actividad política o social fue una característica constante de la historia china casi hasta los umbrales del siglo actual. Era una práctica tan arraigada que el mismo Confucio, enemigo de toda creencia irracional, no quiso o no pudo oponérsele. Hasta se le atribuyó la paternidad de algunas partes del Libro de los Cambios, pero en los *Lun-yü* él no vacila en criticar ciertos abusos de la adivinación y, sobre todo, ciertas supersticiones vinculadas a ella.

En la edición de tales textos, Confucio y sus discípulos hicieron, por un lado, una labor que puede llamarse filológica y, por otro, eliminaron del campo de las creencias religiosas cuanto de irracional y no ortodoxo pudiera existir. La religión preconfuciana que tenía en el *Tien* o Cielo la divinidad suprema, conserva casi inalterables sus formas exteriores, pero se despoja de todo elemento irracional gracias a Confucio. Con una lenta obra de transformación, él sustituirá la explicación mitológica por otra apoyada en hechos y, a menudo, racionalista. Los cultos locales son explicados racionalmente; los hechos sobrenaturales se interpretan no como realizados por semidioses sino por personajes reales de la antigüedad.

Los muchos que creían todavía en las cosas milagrosas o fantásticas se abocaron a otras formas religiosas, en particular al taoísmo. Ya entre el siglo VI y V antes de la era vulgar es bien visible la diferencia entre la tendencia al racionalismo que encontrará su vía en el confucianismo y la tendencia al misticismo que se encauzará primero en el taoísmo y, algunos siglos más tarde, en el budismo. El confucianismo hablará a toda la sociedad, nunca a un individuo; el taoísmo y el budismo permitirán al individuo satisfacer la búsqueda de lo divino y de lo místico.

Confucio permite el culto al Cielo, que era venerado en el templo ancestral donde también los antepasados eran objeto de culto. Sin embargo, éstos no son puestos al mismo nivel del Cielo, si bien algún gran so-



1. Confucio. Pintura en seda. Kanagawa. Colección Yakihito Yasuda.

2. Confucio, Buda y a Lo-tzu, de Josetsu (siglo XV).

Confucio

berano de la antigüedad puede aproximársele: "Sólo el Cielo es grande; solamente Yao fue similar a él" (*Lun-yün*, VIII, 19). Confucio dio, en cierta medida, una nueva dimensión al culto de los antepasados, que siempre fue fuerte en China en todas las edades: "Los Hsia (la primera dinastía semilegendaria) reverenciaron la voluntad del Cielo y honraron a los espíritus (*shen*). La segunda dinastía excedió toda medida honrando a los antepasados. Los Chou pusieron orden a esto." En estas pocas palabras tenemos un tema común de las predicaciones y de las reformas confucianas; para combatir y anular las creencias y deformaciones supersticiosas, bastará retornar a lo antiguo. Los *Diálogos* confucianos advierten siempre que "el Maestro no habló jamás de cosas extraordinarias ni de seres trascendentales" (*Lun-yü*, VII, 20).

Ya se ha dicho antes que Confucio evitó responder sobre la existencia de un más allá; por lo tanto, pareciera que toda metafísica fuera omitida ex profeso en vez de ser hostilizada o combatida violentamente. En su prédica, coloca límites bien precisos a su doctrina: se trata de una doctrina para ordenar las cosas de este mundo; el mundo sobrenatural es algo que no podemos conocer.

"Aquellos que no saben servir a los hombres, ¿cómo pueden servir a los espíritus?" (*Lun-yü*, XI, 11), es, una vez más, la respuesta rápida, pero evasiva, dada al discípulo Tzu Lu que lo había interrogado sobre la manera de honrar a los espíritus (*kuei e shên*).

Para "servir a los hombres", para volver a colocar a la sociedad en el nivel que había tenido en los primeros tiempos de la civilización, será preciso vivir de acuerdo con una ética bien precisa, observando todos estos ritos, esa etiqueta no sólo formal que se convertirá en una característica del pueblo chino.

El *li* o rito o ceremonia es la norma de vida. Ya en los *Diálogos* de Confucio, pero sobre todo en los varios ceremoniales posteriores (*Li-chin, I-li*) encontramos una minuciosa reglamentación, una especie de reglas de educación ética sobre todo lo que se debe y no se debe hacer en cada momento de la vida individual y social. Algún párrafo de los *Diálogos* referentes al comportamiento de Confucio puede ser realmente significativo a este respecto: "Cuando el príncipe lo invitaba para recibir a los visitantes, su rostro se volvía serio, sus piernas parecían rígidas. Unía las dos manos y saludaba a derecha y a izquierda a los presentes, con la túnica en su lugar, ya sea adelante ya sea detrás. Se aproximaba apresuradamente, con los brazos tendidos a izquierda y a derecha como las alas de un pájaro ..." (*Lun-yün*, X, 3). "Cuando entraba por la puerta del palacio, se agachaba como si fuese pequeña. No se



1



2



1. Retrato de Confucio.
(Biblioteca Nacional, París).

2. Confucio y los libros clásicos
(Biblioteca Nacional, París).

3. Yen Hu, el discípulo predilecto de Confucio
(Biblioteca Nacional, París).



1

1. *Retrato de Meng-tzu.*
De Portraits de chinois célèbres; *siglos XVII-XVIII.*
(Biblioteca Nacional, París).

2. *Espejo con Confucio predicando. Dinastía T'ang (618-906 d.C.). Roma, Museo Nacional de Arte Oriental. Fondo Auriti.*

detenía en el centro de la puerta y evitaba colocar el pie sobre el umbral. Cuando pasaba delante del trono, su rostro se transformaba, avanzaba fatigosamente, parecía que la faltaban las palabras. Salía a la sala, levantando la túnica, se inclinaba y detenía la respiración como si estuviese inanimado. Salía, descendiendo las gradas una a una; el rostro estaba nuevamente normal, afable y contento. Terminados los escalones, aceleraba el paso, con los brazos como alas de pájaro. Regresaba a su puesto y el rostro tenía un temor respetuoso" (*ibid*, X, 4). "No se sentaba sobre una estera que no estuviese bien arreglada" (*ibid*, X, 9).

"Viajando en carro, se mantenía derecho y se asía a la soga (que ayudaba a salir). En el carro no miraba hacia atrás, no hablaba precipitadamente, no indicaba alguna cosa con el dedo" (*ibid*, X, 16).

Quien quiera deleitarse con esta ejemplificación de la etiqueta confuciana encontrará numerosos ejemplos enumerados en el décimo capítulo de los *Diálogos*, uno de los parágrafos más homognéeos en cuanto al contenido. El continuo control del propio comportamiento debía conducir a una educación de los sentimientos ,a un freno de las pasiones. Esta etiqueta confuciana fue tomada a menudo, en China y fuera de ella, sólo en su aspecto exterior, mientras que, en su origen, tenía una importancia determinante en cuanto no debía existir desacuerdo alguno entre comportamiento interior y comportamiento exterior. Confucio no predicaba una nueva religión sino que tenía como objetivo el mejoramiento del individuo para edificar una sociedad ordenada y su enseñanza; en una sociedad feudal se dirigía sobre todo a la clase de los pequeños feudatarios, de los futuros gobernantes o funcionarios.

Indudablemente, el confucionismo no fue nunca una doctrina para las masas sino más bien, una ideología para la élite. Sin embargo, esta élite no fue siempre la misma ,así como el confucianismo de un Meng-tzu (ca. 372-288 a.c.) o de un Tung Chung-shu (179-104 a.C.) no fue más el del primitivo Maestro hasta cuando el confucianismo de Chu Hsi (1130-1200) tomó de las doctrinas adversarias una ontología y una metafísica. Caído el sistema feudal con la dinastía Chou, en el siglo III a.c., la élite no fue más la de los feudatarios sino de los literatos.

Con la dinastía Han (siglo III a.c.-siglo III d.c.) comenzaron aquellos exámenes llamados literarios, cuya reglamentación fue fijada definitivamente bajo la dinastía T'ang (618-907 d.c.); sólo el que aprobara estos exámenes podría obtener cargos burocráticos o de gobierno y las pruebas escritas se basaban esencialmente sobre el conocimiento de los textos clásicos confucianos.



2

Esto trajo como consecuencia una mayor difusión de tales textos, una continua exégesis para ilustrar los pasajes controvertidos y la necesidad de estudiarlos aun para aquellos que no eran confucianos sino que simplemente aspiraban a recorrer los grados de la carrera estatal. La figura del literato-burócrata de aquellos a los que se llamó habitualmente mandarines, tuvo hasta comienzos del siglo actual un papel determinante en toda la historia política y cultural de la China. En ninguna otra parte del mundo, bajo ninguna otra civilización, una preparación filosófico-literaria ha constituido la base del reclutamiento de los cuadros de la administración estatal. Confucio y su teoría caracterizaron la teoría de gobierno aunque la práctica, como sucede, era bien diversa.

Retratos de Confucio

La vida y doctrina de Confucio nos proporcionan algunos datos para caracterizar su personalidad. Es difícil obtener de los escritos de sus discípulos inmediatos algún dato de su descripción física. El décimo capítulo de los *Diálogos* nos da, sin embargo, algunas noticias sobre su modo de vestir y su comportamiento durante las comidas:

"Le gustaba mucho el arroz muy puro, la carne trinchada en pequeños trozos; no comía arroz picado, pescado podrido ni carne deteriorada. No comía alimentos de color adulterado o de mal olor; no comía alimentos mal cocidos o que no estuvieran maduros o mal cortados o mal condimentados. Si había abundancia de carne no se contentaba con el aroma de la carne. Sólo para el vino no tenía una cantidad establecida, sin llegar al desorden (mental). No tomaba vino adquirido ni carne comprada en el mercado. Tomaba, si no se lo quitaban, jenjibre. No comía excesivamente... Aunque tuviera para comer solamente arroz ordinario y verduras cocidas, necesariamente ofrecía (una parte) en sacrificio a los antepasados" (*Lun-yü*, X, 8).

También en este caso, la intención de los discípulos no fue tanto la de describir el gusto particular del Maestro como establecer las normas en lo referente a la alimentación. El *li* confuciano, la etiqueta, es una norma que debe regular todo momento de la vida del individuo; el hombre es realmente un animal social y su única libertad es la de superarse y vivir para toda la sociedad. El problema principal que se planteaba en el siglo VI a.c. y que preocuparía durante muchos siglos a los pensadores chinos era el del gobierno y la posición del individuo frente a la naturaleza y a la sociedad. Una sociedad que no pedía pan y circo sino solamente un puñado de arroz cotidiano para cada uno de sus componentes. Los consejos sobre la alimentación y sobre la agricultura que reencontramos en textos filosóficos no son una sim-



1



2

ple curiosidad sino normas precisas para una producción y distribución más equitativa de los bienes y de los víveres de consumo.

Se ha dicho ya que no tenemos un retrato físico de Confucio en las descripciones de sus discípulos. Sería preciso entonces remitirse a los textos de las otras escuelas para ver cómo se juzgaba la filosofía de Confucio y también cómo se lo describía físicamente. Porque para la polémica todo es útil y los exponentes de una escuela adversa ridiculizan y caricaturizan a menudo su aspecto. Los chinos se dieron cuenta rápidamente de esto y también de Confucio podemos reconstruir una serie de retratos físicos y morales muy diversos entre sí. La primera escuela que atacó violentamente al confucianismo fue la taoísta; sus exponentes, a diferencia de los confucianos, demasiado empeñados en sostener con excesiva convicción sus propias tesis, demostraron estar dotados, a su vez, de una fuerte dosis de humor, como no lo tuvo ninguna otra escuela en China.

Se ha dicho ya que en la obra de Chuang-tzu se menciona cinco veces el hipotético encuentro de Confucio y Lao-tzu; otras veces se hace hablar a Confucio con personajes completamente secundarios que imparten al Maestro de Lu lecciones de doctrina y le corrigen sus puntos de vista errados sobre problemas particulares. De la descripción caricaturesca y grotesca de la figura física de Confucio se pasa a una retractación de sus ideas cuando no se habla directamente de su conversión a la doctrina del *Tao*.

He aquí un ejemplo en un significativo pasaje del Chuang-tzu: "Un discípulo de Lao-lai-tzu, mientras estaba fuera recogiendo leña, encontró a Confucio. Al regresar dijo (a su maestro): 'Allá abajo había un hombre con el cuerpo largo y con las piernas cortas, con las espaldas encorvadas y con las orejas colgantes. Mira como si estuviera dolorido por toda la humanidad. No sé quién es.' 'Es Confucio —exclamó Lao-lai-tzu—, pero dile que venga aquí. Cuando Confucio llegó, Lao-lai-tzu le dijo: 'Ch'iu (Confucio), deja tu dogmatismo y tu falso conocimiento y entonces serás de veras un hombre superior.' Confucio se inclinó y estaba por retirarse, cuando cambió rápidamente de posición y preguntó: '¿Podría yo entrar en el *Tao*?' 'Los males de una generación son tantos —respondió Lao-lai-tzu— y tú quieres dolerte por la eternidad? ¿No estás cansado, ¿Tu fuerza es similar a tu empresa?'" (*Chuang-tzu*, capítulo XXVI). Y en otro capítulo de la misma obra se dice:

"Chuang-tzu dijo a Hui-tzu. 'Cuando Confucio llegó a los sesenta años, cambió de opinión. Lo que había considerado justo

1. *Retrato de Confucio*
(Biblioteca Nacional, París).

2. *Templo de Confucio en Ch'in-fu, Shan-tung.*
(Biblioteca Nacional, París).

1. Fu-hsi, fundador del imperio chino.
De Portraits de chinois célèbres;
siglos XVII-XVIII.
(Biblioteca Nacional, París).

2. Yü, el Grande, fundador de la primera dinastía. (Biblioteca Nacional, París).

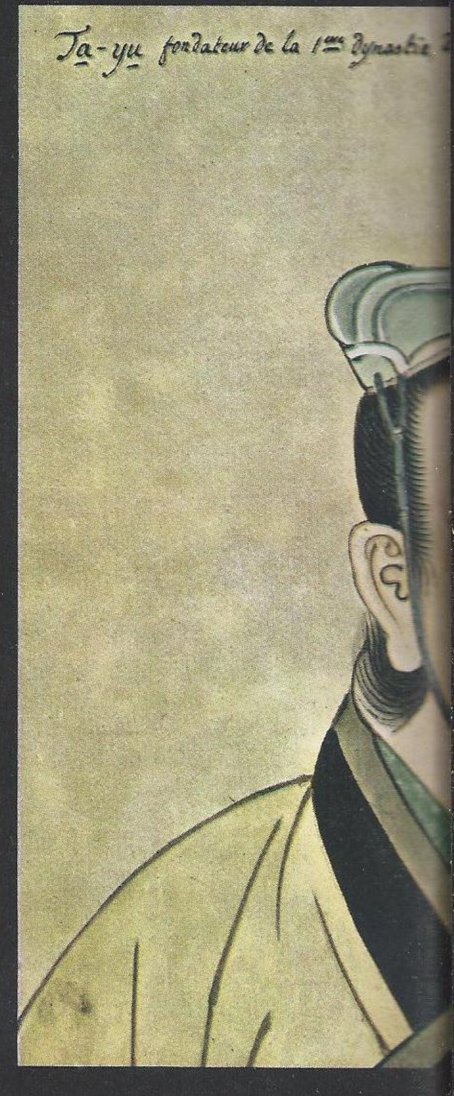
3. El emperador Huang-ti.
(Biblioteca Nacional, París).

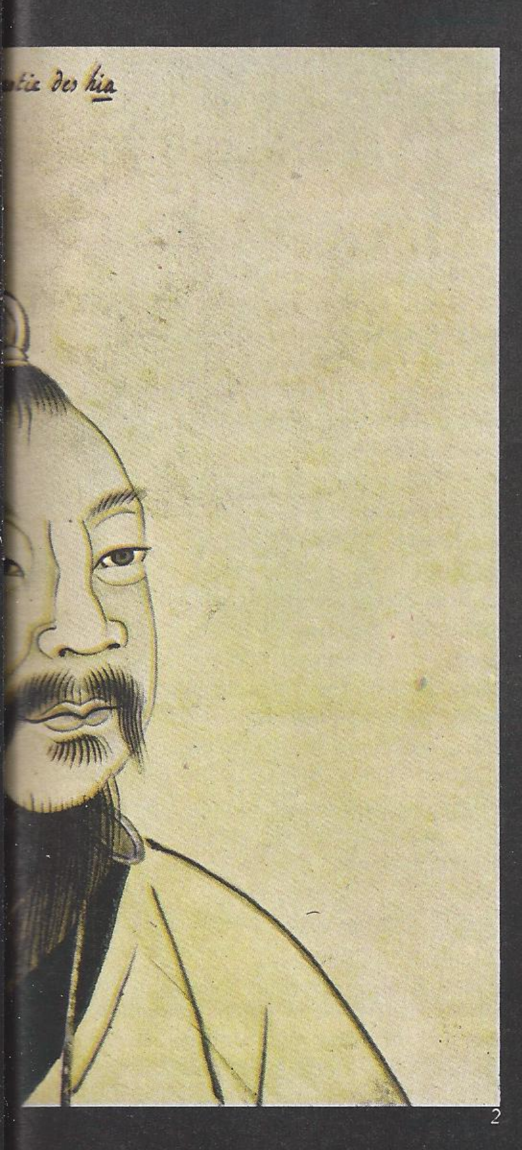
En la página 165:

1. Escena de piedad filial representada sobre un cofre pintado de Lo-lang (Corea) Fin de la dinastía Han. Museo de Seul.



1





2



3

anteriormente, comenzó a considerarlo errado'" (*Chuang-tzu*, cap. XXVII).
Confucio, presentándose con humildad ante Lao-tzu, Confucio cambiando de opinión, Confucio que siempre sale derrotado ante sus interlocutores, no es otra cosa que un personaje de la obra de Chuang-tzu, deformado de manera que sus teorías filosófico-políticas resulten igualmente ineficaces al punto de que su mismo propugnador, a los sesenta años, las rechace. Si el encuentro entre Confucio y Lao-tzu es apócrifo, también es falsa la retractación de las ideas por parte del jefe de la escuela de Lu; pero la propaganda ideológica tiene estas necesidades y no se detiene ante lo falso para sostener la bondad de las propias ideas. Tan difundido estaba en el siglo II a.C. el convencimiento de que se trataba de un hecho realmente sucedido, que, como se ha dicho, hasta el gran historiador Ssu-ma Ch'ien habla de este encuentro. Ssu-ma Ch'ien agrega además las palabras que Confucio habría dicho, después de la conversación: "Vi a Lao-tzu. Parece un dragón que sale del cielo. Yo no llego a comprenderlo" (*Shi-chi*, cap. 47).
En esta frase que podría referirse más que a un hipotético encuentro con el jefe de la escuela taoista, a un encuentro con las teorías de esta escuela, está implícita la diversidad profunda entre confucianismo y taoísmo. El segundo, caracterizado por una intuición más profunda, alcanzará con Chuang-tzu las vetas más elevadas de la filosofía y de la expresión poética; el primero permanecerá siempre ligado a un racionalismo capaz de satisfacer a quien no se plantease el problema de la búsqueda de lo divino o intereses místicos. La frase atribuida a Confucio es la lógica respuesta de quien rechaza una argumentación metafísica, aun reconociéndole belleza poética: "no llego a comprender" y la incomprensión fue recíproca y perpetua entre las dos tendencias, típicas las dos de la mentalidad china.
Los taoístas repudiaban a Confucio sobre todo porque sus discípulos creían en la sociedad mientras ellos sostenían la necesidad de *wei-wu-wei* (= obrar sin obrar), es decir, apartarse del mundo social y político ya que sólo en la meditación y en la abstracción se podía mejorar el individuo. Pero otra escuela, fundada por un ex-confuciano, debía igualmente y por diversos motivos, oponerse a la prédica de las ideas de Confucio.

Después de Confucio

El fundador de esta escuela fue Mo-tzu, un pensador que vivió entre el siglo V y VI a. c. conocido bajo el nombre de Mo Ti. Exponente de ambientes sociales más populares que los confucianos, Mo-tzu teorizó el amor universal y el pacifismo; sin ser anárquico o asocial como los taoistas, sentó la hipótesis de un estado autocrático, fuertemente jerarquizado, templado solamente por el respeto al próximo. Mo Ti atacó ásperamente a Confucio, su manía por el rito y la etiqueta, a las que consideraba cosas inactuales. Una de sus frases habituales era: "¿Es quizás la inteligencia de un confuciano superior a la de un niño?" (*Mo-tzu*, cap. XLVIII); la mediocridad dorada de Confucio era juzgada así como infantilismo. A decir verdad, después de la desaparición de Confucio, su escuela no había tenido representantes de gran relieve hasta Meng-tzu y la extrema simplicidad de la doctrina confuciana, mal interpretada por personajes secundarios, se prestaba fácilmente a las críticas de las otras escuelas. Sin embargo, la escuela moista no tuvo mucho éxito ya que no contó, después de su fundador, con exponentes de cierto prestigio.
Un pensador confuciano heterodoxo del siglo III a. C., Hsün-tzu honraba a Confucio porque "era benévolo, sabio y no ciego. Él estudió las doctrinas de gobierno y es digno de ser puesto junto a los antiguos soberanos" (*Hsün-tzu*, cap. XX); pero si Hsün-tzu habla de Confucio como de un "sabio antiguo", interpreta la doctrina a su modo, ya sea acercándose a ciertas posiciones moistas por ciertas consideraciones realistas y utilitaristas, ya prefigurando la posterior escuela legalista.
Confucio se convierte en un mito: es el Maestro por excelencia, pero las diversas corrientes que se forman en el seno de la escuela confuciana interpretan su pensamiento de manera opuesta. Así, por ejemplo, sobre el problema de la naturaleza humana, que interesó a los filósofos del siglo IV y III antes de nuestra era, Meng-tzu podía sostener que era buena desde el nacimiento y Hsün-tzu, exactamente lo contrario.
La escuela legalista (*fa-chia*) que tuvo sus principales exponentes en el filósofo Han-Fei-tzu y en Li Ssu, el primer ministro de Shih Huang-ti, el Primer Augusto Emperador de la dinastía Ch'in (221-207 a. c) fue anticonfuciana en todas sus manifestaciones. Convencidos de la maldad de la naturaleza humana los legalistas no creían que las virtudes confucianas y los estudios pudiesen mejorar al individuo; sólo la ley (*fa*) era la norma del comportamiento del súbdito. En oposición a la teoría confuciana del regreso o de la involución histórica, ellos fueron los primeros que buscaron soluciones modernas a los problemas del momento; si en el pasado se dieron mejores condiciones, esto se debió a causas meramente económicas y no a una moralidad diversa o superior en los individuos.
La lucha de los legalistas —quienes proporcionaron una ideología a la breve dinastía Ch'in— contra Confucio, fue violenta; el incendio de casi todos los libros en 213 a. c. se llevó a cabo por odio a los confucianos, nostálgicos del antiguo régimen feudal, y centenares de confucianos fueron exterminados o enviados a trabajar a la Gran Muralla. Con la dinastía siguiente, la de los Han, que ascendió al poder en el 206 a. c., Confucio y su escuela retomaron auge; hasta tal punto que, como ya se ha dicho, el confucionismo estuvo por transformarse en religión. En el año 58 d. c., el emperador Ming de los Han decretaba que en todas las escuelas del estado se erigieran capillas a Confucio, pero poco después ganaba terreno una interpretación más razonable que colocaba en sus justos términos la figura del gran pensador de Lu. De los Han en adelante, sobre todo a causa de los exámenes literarios que debían rendir los burócratas de todo el imperio, la clase dirigente fue sobre todo confunciana, si no por convicción, al menos por formación.
Confucio, aunque ya no era considerado un ser sobrenatural, era siempre el máximo Maestro, al que, en distintas épocas se le decretarían honores y se le atribuirían títulos elogiosos por decretos imperiales.
Así en el 640 a. c. se convertía en el "Santo Padre que propaga (la doctrina)", en el 666, el "Gran Maestro', en el 739 el "Soberano que difunde la literatura", en el 1308, el "Completísimo Sapientísimo", finalmente, en 1530, con el edicto del emperador Shih-tsung, de los Ming, Confucio fue definido como el "Santísimo Antiguo Maestro K'ung".
El hecho de que se confirieran estos títulos no tuvo sin embargo, nada que ver con la aplicación práctica de las teorías de Confucio. La sociedad auspiciada por el Maestro de Lu fue siempre una utopía filosófica, mientras que la mentalidad confuciana condicionó varios aspectos de la vida china. Estos fueron: el respeto por la tradición, que obró de freno a toda innovación; la burocracia de los literatos que se habían formado en los textos clásicos confucianos; las artes y las letras entendidas como instrumento didáctico de elevación del individuo y no como fin en sí mismo; el respeto de la jerarquía. Aunque en China ocuparon el trono emperadores taoistas y budistas y aunque llegaron nuevas religiones desde lejanos países, el racionalismo confuciano y el sistema de gobierno confiado a los literatos-burócratas prevalecieron y perduraron hasta el comienzo del siglo XX.
Ya que a los ojos de los chinos y de los extranjeros, Confucio había representado a su país durante siglos, hacia él se volvieron —si bien a través de diversas interpretaciones y definiciones— los dardos de todos aquellos que se planteaban y trataban de resolver, por diversas vías, el problema de la China moderna.

Una revolución contra Confucio

La primera constitución republicana in-



1. Confucio. De Portraits de chinois célèbres; *siglos XVII-XVIII.* (Biblioteca Nacional, París).



1

cluía un culto civil a Confucio pero, desde todas las revistas y diarios chinos de vanguardia, escritores de todas las tendencias intentaban el proceso a Confucio. En la revista "Hsin Ch'ingnien" (La Jeunesse), que desempeñaría un papel determinante en el campo de la literatura china moderna, Ch'en Tu-hsiu (1879-1942) el futuro fundador del partido comunista chino, escribía en noviembre de 1916: "No siendo ya el confucianismo otra cosa que una estatua sin alma, un viejo monumento del pasado, ni siquiera valdría la pena recordarlo cuando se redacte la Constitución de nuestra democracia. Pero . . . un apéndice del artículo 19 habla de veneración a Confucio. Esto ha suscitado discusiones acaloradas . . . ¿Por qué nuestra Constitución quiere que se venere a Confucio y solamente a él? ¿No es éste un atentado contra la libertad de culto, proclamada en la misma constitución? Se objetará que budismo y cristianismo son productos exóticos que no están hechos para nuestro gusto, mientras el confucianismo es una escuela china que nos gusta. Una escuela, sí; una de las nueve conocidas en la antiguedad, sin contar las otras. Fue el emperador Wu de la dinastía Han el que la puso de moda con un acto arbitrario, sofocando a las otras ocho escuelas, y creando de este modo un monopolio fatal para el desarrollo intelectual de nuestra nación . . . Una sociedad nueva, precisa formas nuevas, nuevas ideas. Si conservamos el confucianismo permaneceremos viejos y caducos como lo somos desde hace tanto tiempo".

Si se hojea la prensa china entre 1917 y 1925 se encuentran frecuentemente, frases de este tipo:

"Hemos detestado a Confucio porque pesaba sobre los espíritus de nuestra nación y les impedía pensar libremente. Hemos demolido al viejo Confucio para conquistar la libertad de pensamiento' (Ch'en Cht'ien, "Shao-nien Chung-kuo", Diario de la "Joven China", 1ª de abril de 1922). Un decreto republicano (25 de setiembre de 1914) había establecido que "Confucio es honrado hasta el fin del siglo séptimo y tanto el pueblo como el estado le deben su paz . . . Si no se lo honra, ¿cómo se podrá mantener la moral del pueblo? . . . Los chinos consideran a Confucio como su modelo y lo honran respetuosamente, pero este respeto no es un acto religioso". Pero el proceso continúa desde muchas partes y el acusado Confucio es el principal responsable de todo lo que ha sucedido en China en los últimos siglos. La China parece volver la espalda a aquel que ha sido su padre espiritual, para poder construir, sin ligazones con el pasado, una civilización moderna. Solo los ambientes gubernativos continúan rindiendo homenaje a Confucio pero la *intelligentzia* se separa de él cada vez más.

Con la instauración, en 1949 de la República Popular China, pareció en un primer momento que el nombre de Confucio sería cancelado o, al menos señalado como el responsable de una época y una mentalidad feudal. Después de cuanto se había escrito y proclamado en contra suyo, toda posición crítica posterior hubiese sido si no lógica, al menos consecuente. Pero por el contrario, en el campo marxista se intenta una gradual y sorprendente justificación de Confucio, una tentativa de rehabilitación llevada a cabo sobre la base de la necesidad de la separación de su figura de lo que fue la interpretación posterior de su doctrina. Los primeros en darnos un nuevo retrato de Confucio fueron los estudiosos rusos quienes, en el capítulo dedicado a él en la *Gran Enciclopedia Soviética* (edición 1954-1958) escriben así: "Amando ardientemente su patria, se levantó contra las discordias internas entre los gobernantes de los distintos principados y subrayó la necesidad de la unificación de la China, desmenuzada en esa época en varios pequeños estados, en el sentido de una sumisión de los gobernantes locales a la autoridad nominal del jefe de estado, el *wang*. También le cabe el mérito de la recolección y del registro de los cantos populares y de materiales históricos. Los estudiosos democráticos chinos valoran positivamente su actividad y consideran sus ideas ético-políticas como progresistas para su tiempo. Pero después la doctrina de Confucio fue utilizada por las clases dominantes de la China para sus intereses, en el interés de la educación del pueblo en el espíritu de sumisión servil, en el espíritu de la eternización de la estructura feudal con su correspondiente jerarquía y su rígida reglamentación de las relaciones sociales" (traducción a cargo de Alessando Bausani en *La religione dell' URSS* Milán 1961).

Estamos bien lejos del "viejo Confucio . . . que impedía pensar libremente". Confucio se ha transformado una vez más; se ha convertido en alguien que "ama ardientemente a la patria", concepto muy arriesgado para su época, habiéndose limitado el Maestro de Lu a predicar genéricamente para toda la sociedad humana. Confucio es valorado por su obra de estudioso de tradiciones populares previas a la escritura y de recolector de materiales históricos. Es una rehabilitación parcial, hecha desde fuera del mundo chino, pero que recoge el eco de lo que está sucediendo en China.

Casi contemporáneamente a la redacción del capítulo sobre Confucio de la *Gran Enciclopedia Soviética*, uno de los máximos filósofos chinos vivientes, Fung-Yulan, docente en la Universidad de Pekín y autor de la más conocida historia de la filosofía china, reexaminaba el problema de Confucio y del confucianismo en estos términos:

"Ya que el nombre de Confucio fue identificado con el feudalismo chino, negar a Confucio significó negar todo lo que su nombre podría simbolizar. En los años 20 el movimiento de *Nueva Cultura* tenía como slogan: '¡Destruyamos el edificio confuciano! o bien ¡Liberémonos de la influencia confuciana!' Pero atacar al feudalismo y estudiar a Confucio son dos cosas bien distintas que no deben confundirse. En primer lugar . . . debemos distinguir las ideas de Confucio de las de los confucianos" (artículo aparecido en "People's China" el 1º de enro de 1957).

La China contemporánea frente a Confucio

Hay una primera explicación histórica que quiere justificar, en una revista oficial, las causas del movimiento anticonfuciano y la necesidad de estudiar a Confucio que era algo dictado por la constatación de que Confucio como personaje histórico y por algunas de sus ideas, estaba todavía vivo en la China contemporánea. No queremos decir que el estado marxista chino se identifique con el estado teorizado por Confucio, pero los especialistas en problemas chinos han notado y estudiado ciertas superviviencias confucianas en él.

Nace en China un cauto movimiento revisionista que debía culminar en 1961 en numerosas reuniones de sociedades filosóficas y artículos aparecidos sobre la prensa china. En este debate intervinieron muchos de los principales escritores y también numerosos jóvenes; de estas discusiones surgieron los más dispares retratos de Confucio. O bien era condenado como "sustancialmente reaccionario, porque estuvo de parte de la aristocracia esclavista" o bien era considerado "progresista porque fue el campeón de la nueva clase de propietarios (en oposición a la aristocracia)". La opinión que ha terminado por prevalecer es la que lo considera un reformador, bastante progresista en relación al período y a la sociedad en la que vivió pero no por cierto un revolucionario. Entre las distintas tesis, discutidas con la terminología política de nuestra época, la más original es quizás la de quien lo ha definido como un "hombre de centro con inclinaciones por la izquierda".

Hemos visto una galería de retratos imaginarios de Confucio, desfigurado por sus discípulos, caricaturizado por los taoistas que lo hacían convertirse a su ideología, odiado por los legalistas, casi divinizado por los emperadores Han, responsable, en la edad moderna, de todas las desventuras de su pueblo, en el centro de una polémica bastante reciente para establecer si su doctrina era de derecha, de centro o de izquierda. Podemos agregar, para dar un cuadro más completo, que el 17 de diciembre de 1939, la misma Iglesia Católica reconocía, con una instrucción de la


1. *La tumba de Confucio en Ch'in-fu (Shang-tug).*

Sagrada Congregación de Propaganda de la Fe, que los católicos chinos podían participar en los monumentos confucianos y en las escuelas, de los honores rendidos a Confucio en cuanto éstos tenían carácter civil y no religioso.
Si a veinticuatro siglos de su muerte se odia y se venera, se critica y se rehabilita a un personaje con tanta pasión, ¿qué mejor prueba de su vitalidad?

Confucio fuera de la China

Si el budismo fue una religión panasiática y el taoismo permaneció limitado al área china, la doctrina de Confucio se extendió a Corea, al Japón y a la península indochina. El presente ensayo quiere presentar a Confucio, uno de los protagonistas de la historia del pensamiento oriental y no pretende delinear el desarrollo histórico del confucianismo. Pero sin embargo, no se pueden silenciar algunos puntos firmes que justamente testimonian, la importancia de la presencia de Confucio en el Asia oriental de ayer y de hoy.
En Corea, cuando la dinastía china de los Han estableció en el 108 a. c. las cuatro famosas colonias chinas, las ideas de Confucio penetraron en la península. No por casualidad uno de los primeros documentos pictóricos chinos es el famoso cofrecillo pintado de Lo-lang. una de las cuatro colonias coreanas, en el que se representan escenas de la virtud confuciana del amor filial (*hsiao*). Pero el confucianismo fue estudiado por los coreanos sobre todo después de la unificación del país realizada bajo el signo de Sinla. En el 717 d. c. se importaron de la China, por primera vez, retratos de Confucio y de sus discípulos, que fueron conservados en la *Gup-hang* (o Escuela Nacional), una escuela confuciana del estado que se había creado en el 682 d. c. Estudiosos coreanos contribuyeron al desarrollo de escuelas confucianas a menudo entre sus opositores; las disputas fueron a menudo cruentas y en siglo XVI se desenterraron los cadáveres de la parte adversa para después decapitarlos. Las sectas confucianas en Corea se convirtieron prácticamente en partidos políticos. En tiempos más recientes el confucianismo decayó en Corea pero, en setiembre de 1946, independizada Corea después del largo período de ocupación japonesa se formaba una Asociación Nacional Confuciana (*Seong-gyun-gwan*).
El Japón miró siempre a la China como una fuente de cultura, tomando elementos que elaboraría después de maneras a menudo originales. Hasta en la famosa Constitución de diecisiete artículos del príncipe Shotoku (604. d. c.) tan impregnada de budismo, hay más de un artículo inspirado en la teoría confuciana; el reconocimiento de un único soberano sobre la tierra, sometido al cielo, se remite claramente a la concepción política confuciana, en particular a la del período Han. Después del gran interés por los textos confucianos en el siglo XVIII, en el período Ashikaga, el confucionismo se presentó una vez más como una base filosófica para un sistema de gobierno; esto fue intuído por Tokugawa que lo utilizó para establecer un nuevo orden político, basado sobre normas éticas bien precisas. Esto sucedía en el siglo XVIII y los Tokugawa se inspiraban en el neoconfucianismo de Chu Hsi; además el redescubrimiento de Confucio en el Japón implicaba un incremento de los estudios sinológicos y la afirmación de una primacía cultural china.

El protagonista

Confucio fue realmente el protagonista de veinticinco siglos de historia política y cultural china. Caracterizó siempre, mejor que cualquier otro, la vida de su país. Cuando en 1700 los filósofos occidentales descubrieron la China, se formaron una idea totalmente particular de su civilización; la China era casi un país de Utopía, tan lejano que podía ser dirigido por burócratas-filósofos, tan lejano que podía ser tomado como modelo político para Europa. La China, país de los "sabios" por antonomasia, era la enésima deformación del retrato de Confucio, el "sabio" de Lu que había logrado dar una impronta a una civilización como quizás ningún otro lo había hecho.
Quien quiera leer una elevada filosofía podrá leer en los maestros taoístas intuiciones y acentos a menudo poéticos que no encontrará jamás en los textos llanos de la escuela confuciana. Quien quiera leer textos literarios que son dignos de estar a la par de los mejores de la literatura universal, los encontrará casi siempre, concebidos fuera de los cánones de la estética literaria confuciana. Quien se ocupe de historia del pensamiento político chino se sentirá más atraído por el anarquismo taoista o por la modernidad de la escuela legalista que por el estado burocrático confuciano.
No obstante esto, si fuese necesario un solo nombre para caracterizar la sociedad china, desde su remota antiguedad hasta hoy, todos, admiradores o no de Confucio, no podrían dejar de dar su nombre.

Bibliografía

En español:

Confucio, *Los cuatro libros*, Barcelona, Mauci; Confucio y Mencio, *Los libros canónicos chinos*, Madrid, Ed. Ibéricas; Confucio, *Tratados morales y políticos*, Barcelona, Iberia; Ling Yutang, *La sabiduría de Confucio*, Buenos Aires, Siglo Veinte; Alfred Doeblin, *El pensamiento vivo de Confucio*, Buenos Aires, Losada.

El fascículo Nº 46 de

LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal a través de sus protagonistas

contiene la biografía completa e ilustrada de

Robespierre

En medio de las contradicciones de un momento histórico fundamental, emerge la figura del Incorruptible, "un nombre que es símbolo de amor por el pueblo y dedicación a la causa".

¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!



La historia del mundo es una, pero cada generación la ve en forma distinta

Las conquistas de la ciencia y de la técnica; las nuevas teorías, tendencias y enfoques en el campo del pensamiento y de la acción; sus propias experiencias humanas hacen que cada generación se construya una nueva visión del pasado de la humanidad.
Los problemas políticos, sociales, económicos, religiosos, culturales, raciales, que cada generación debe enfrentar no se traducen solamente en una actitud hacia el futuro, sino también en una actitud hacia el pasado: esos problemas de algún modo se proyectan sobre la historia toda de la humanidad.

El panorama de la historia universal
que ofrecen

LOS HOMBRES *de la historia*

es el panorama de **la historia universal**
tal como la ve el mundo contemporáneo

LOS HOMBRES *de la historia*

cada semana una biografía completa
para formar la más moderna y actualizada
colección de Historia Universal

Precio de venta	ARGENTINA: $ 140.-	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
	BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU:
Publicación semanal	COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO:	PUERTO RICO:
	COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90
m$n 140.- el ejemplar	CUBA:	ESPAÑA:	PANAMA:	VENEZUELA: Bs. 2.50